

Injusto amor, noble amistad

Eleuthero Zakin

*ELEUTHERO ZAKIN*



**INJUSTO  
AMOR, NOBLE  
AMISTAD  
RELATO CORTO**

# Capítulo 1

## **Injusto amor, noble amistad**

### **A**

Era otro día más en frente a la iglesia y, ya como parte de un hábito, otro pequeño regalo quedó en frente del enorme portón de entrada. El encargado de comprarlo tocó 3 veces con las coyunturas de su mano derecha y huyó lo más lejos posible. El hombre, oculto en las cercanías, miró a la persona que abrió dicho portón, una mujer, que esperaba abriera para tomar el regalo.

—Otro presente —dijo con una sonrisa, mirando de lado a lado, intentando hallar al responsable.

Se trataba de una monja joven, vestida con la clásica túnica negra y velo que cubría su cabeza. Su rostro era de pómulos redondos, labios de grosor intermedio, ojos color marrón, nariz pequeña y redonda y mentón ligeramente cuadrado, aunque esto último no era del todo notorio por su túnica. A simple vista, la monja no mostraba signos de belleza exuberante, sin embargo, tenía una mirada que denotaba simpatía y las facciones de su rostro eran armoniosas. Era ese rostro el que había llamado la atención de aquel hombre de aspecto descuidado, ojos grandes de párpados caídos, piel trigueña, rostro lampiño y gorro negro de visera encorvada. Alguna vez, fue un adicto consumidor de drogas, empedernido bebedor, descarado... muchas de sus características distintivas eran lo que la sociedad tomaba como hábitos reprochables. Más aquel hombre intentaba cambiar, teniendo avances favorables en el control de sus vicios, porque el motivo de su perseverancia residía en ese rostro... el rostro de la mujer que habían ganado su corazón.

No era a diario, pero eran seguidas las veces en que dejaba esos humildes regalos. Era su mejor forma de destinar lo poco que ganaba, en su oficio de limpiavidrios en las calles, siempre en espera de los vehículos que solían pasar para recibir sus limosnas. Antes de conocerla, solía usar sus ganancias para pagarle a un tipo que se paraba en las noches, cerca de donde él trabajaba, para recibir una pequeña bolsa con el estimulante e ilícito polvo blanco, que solía llevar a su nariz en un par de segundos con el cuerpo de un lápiz transparente. Era tan frecuente su rutina, que la palabra «dormir» le era ajena en ese momento. Peor cuando lo mezclaba con altas dosis de alcohol barato, durante varios días a la semana hasta perder la consciencia.

No obstante, después de conocerla, lo fue dejando gradualmente, hasta ya ni siquiera pensar en tener de nuevo esos contaminantes de su sangre. El tipo que se la ofrecía hasta se preocupó de él por ya no verlo tan

seguido, siendo que lo observaba en las tardes al limpiar los vidrios de los autos. El chico del gorro había encontrado una nueva adicción.

No había existido otra mujer que se ganará su atención y su cariño de la forma en que ella lo hizo. Sus noviazgos pasados fueron fruto de sus deseos carnales y con personas en condiciones similares a él, culminando en nada más que una aventura pasajera. Sin embargo, con ella era diferente: En sus ojos no se reflejaba ese placer que veía en otras mujeres, sino más bien un cariño, un plan a largo plazo, una persona con la que podía sentir confort y seguridad sobre su regazo. Era ese sentimiento el que lo empujaba, a cada momento, a dejar pequeños presentes en la puerta de la iglesia.

Su enamoramiento comenzó aquella fatídica noche de lluvia. Por su propia culpa, por el estado etílico y de drogadicción en el cual se encontraba, tuvo el atrevimiento de provocar a unos cuantos matones agresivos, 6 específicamente, que pasaban en la esquina que solía frecuentar. Solía gritar cosas incoherentes, pero era tan fastidioso que esos tipos lo encararon de frente para asustarlo. Mas por el contrario, el tipo siguió balbuceando. La poca paciencia que le tenían se esfumó cuando les tocó el pecho con su dedo índice e incitó, con total insolencia, a pelear con él. En estricto rigor, cumplieron su deseo: lo golpearon y patearon por unos minutos que parecían eternos, hasta dejarlo moreteado y ensangrentado. Cuando lo vieron callado por fin, lo abandonaron a su suerte. Sin saber cómo, el hombre golpeado esforzó en levantarse cómo pudo y caminó sin rumbo fijo.

Debido a su estado crítico y el cada vez más creciente y punzante dolor en su cuerpo, brotó la desesperación, no sabía qué hacer e imaginaba que su final estaba cerca. Fue en ese entonces qué pasó por aquella iglesia, una enorme construcción antigua, con 4 enormes pilares de mármol que antecedian al portón de madera, cuidadosamente trabajada y pintada en barniz transparente y brillante. Sobre la construcción de concreto, había una cruz de madera. El hombre a punto de desfallecer la miró, jamás fue creyente de alguna religión, sobre todo por la terrible infancia que había vivido —donde buscaba ayuda, ayuda que jamás llegó. Al no presenciar jamás alguna manifestación inexplicable, dejó de creer en un ente superior. Pero estaba perdiendo su energía, así que miró con especial interés la cruz y, sin decir una palabra, pidió que algo lo salvara de su inminente desenlace. Para su fortuna, el portón de la iglesia se abrió y una figura angelical se presentó ante él. Dios había enviado un ángel... un hermoso ángel.

Se trataba de aquella monja, la cual se asustó al ver su estado y le tomó la mano derecha para llevarlo adentro, con todo el cuidado que pudo. Adentro de la iglesia, lo recostó en un colchón que solían guardar en caso de imprevistos —entre ellos, la situación descrita. En principio, el hombre herido se mostraba reacio a obedecer, pero entre los dolores y su falta de

fuerza, obedeció en medio de su desespero. Inmediatamente después de quedar recostado, sostuvo con fuerza la mano de la monja:

—Por favor... —dijo el hombre, con poca fuerza en su voz—. Por favor... Ayúdeme, no me deje... no quiero morir...

La monja puso su mano libre sobre las que se sostenían, para calmarlo:

—¡Ten fe! ¡Traeré un botiquín, mantén la calma!

Siguiendo sus palabras, la monja buscó un botiquín, tomó el antiguo teléfono fijo sobre una mesa para llamar a la ambulancia y trató de sanar sus heridas lo mejor posible y con sumo cuidado. La mujer encomendada a una fuerza superior mantuvo la calma ante los repentinos gritos de dolor del herido, seguidos de las violentas sacudidas de su cuerpo repleto de moretones. El terror que sentía por morir hacía más duro a la mujer el trabajo, pero pasado un par de minutos, sus dolores fueron disminuyendo en forma definitiva, al igual que sus sacudidas. Miró fijamente el rostro de la mujer y comenzó a encandilarse en ella. Le hacía sentir algo que no había sentido antes, se dejó llevar por los ojos de la monja mientras su visión se desvanecía hasta volverse todo negro. Al recobrar la conciencia, se hallaba recostado en la cama de un hospital, en el cual lo mantuvieron por un día completo. Estaba por completo recuperado, mas por protocolo médico, lo obligaron a permanecer en camilla. El hombre salvado no se interesó por ver a detalle la sala de recuperación, tampoco miraba los rostros de los médicos ni de las enfermeras. Lo que quería era salir.

## **B**

Cuando se mejoró de sus dolores, salió del hospital sintiendo cómo sus sentidos y su capacidad de pensamiento habían agudizado: estaba por completo sobrio, una sensación que no percibía desde hace mucho tiempo. El hombre iba volver a su vicio, porque no tenía otra cosa más por hacer en su vida, iba a retomar su hábito de introducir el estimulante pero sucio compuesto a través de sus venas e iba a volver a beber ese líquido que solía quemarle el interior de la garganta.

Pero por más que trataba de negarlo, sus pensamientos los ocupaba, en gran parte, el rostro de aquella mujer, la única que se preocupó por él con tanta sinceridad. Esa mujer mostró verdadera importancia a su integridad, lo trató como una persona.

El hombre encandilado por la monja, luego de tanto pensarlo, fue a hablar con ella, a pesar de la vergüenza que sentía. Se ganó en frente de la puerta y, luego de tocar un par de veces, la monja salió. Al ver su cara, lo reconoció de inmediato.

—Hola —dijo aquel hombre.

—Hola... —dijo la monja, no habiendo reconocido de inmediato al hablante—. ¡Eres tú! ¡Qué bueno, gracias a Dios que estás sano! ¿Te sientes mejor?

—Je, no me puedo quejar. La verdad, me duele más el bolsillo por la cuenta que debo pagar por mi tiempo hospitalizado.

La monja sonrió, sin saber si el hombre hablaba en serio o no.

»La verdad es que no habría estado aquí de pie, de no ser por su ayuda, si usted no se hubiese preocupado por mí, no habría sobrevivido.

—Por favor, no me trates de «usted», hasta creo que soy más joven que tú.

—¿En serio? Yo... no lo pienso así, en verdad.

Luego de unas risas, la monja le pidió que ingresara a su iglesia. En el interior se contaron muchas anécdotas, se habían compartido cosas generales, pero cuando le dijo si se iba a encomendar a Dios, el hombre fue lo suficientemente honesto para entregarle una negativa.

—De acuerdo... —dijo con algo de decepción—. Al menos, me alegro que no mientas para hacerme sentir bien.

—Lo lamento, pero me sentiría mal por dentro si te dijera una mentira.

Con todo lo que habían dialogado, el hombre supo es que esa mujer beata mostraba gustos afines a los suyos, además de ser una gustosa por la música salsa, el folclor y las teleseries de la tarde, entre otras cosas.

La conversación iba a todo bien, estaban entablando una amistad increíble, ya hablaban con total confianza sobre temas y cosas más personales. Y fue ahí cuando el hombre decidió dar el paso, no directamente, sino en una forma más sutil, sin saber lo que le esperaba. El hombre, en una forma ingeniosa, dirigió sus preguntas hacia el plano familiar de la monja, sobre posibles hijos, familiares, época de la juventud y —lo que más le importaba— sobre algún interés amoroso que pudiese tener.

—La verdad, no puedo tener pareja. Cuando juré mi vida a servir al Señor, hice un voto de celibato. Mi amor a Dios es más grande que cualquier otra cosa en el mundo. Sentí que esa opción es mi gran tributo, para llevar mi vida de acuerdo a lo que Él desea.

Aunque se mantenía incrédulo en principio, en forma lenta sentía como las palabras de la monja le afectaron como una soga que ahorcaba su cuello, cortando su respiración. Se calló un momento, mirando al suelo tratando de procesar lo que le había dicho. Más no se rindió e insistió, en busca de una posibilidad de hacerse parte de su vida.

—¿Pero ese voto es permanente?

—Dije que dedicaría el resto de mi vida a servir a Dios y no pienso romper mi promesa.

—Entonces... ¿no puedes entregar tu corazón a ningún hombre?

—Me temo que no.

Al notar como el hombre ocultaba su decepción en una sonrisa serena, la monja se dio cuenta de sus reales deseos. Se mostró afectada, mas para hacerlo sentir bien, llevó su mano derecha hacia el lado izquierdo del rostro del hombre rescatado.

—Por favor, tienes mucha vida por delante. Solo... trata de no meterte en problemas y sigue una vida más sana.

Para su sorpresa, el hombre usó su mano izquierda para tomar la de la monja en su cara, transmitiendo calor y delicadeza. Luego le dio un par de tiernos y largos besos en su palma, lo cual turbó a la beata. Era una situación nueva para ella el sentirse así de deseada, los latidos de su corazón palpitaban cada vez más rápido y sus pómulos enrojecieron.

En ese momento, ambos se miraron fijamente por unos segundos, momento en el cual se produjo en ellos una atracción mutua. Ambos respiraban con mucha sonoridad. El hombre estaba decidido a juntar sus labios con los de su salvadora e iba a cumplir dicho objetivo. En cuanto a la mujer, ella quedó inmóvil, su cuerpo esperaba lo inevitable con mucha pasión e, incluso, cerró con calma sus ojos para recibirlo. Despegó un poco sus labios para separar sus dientes, en espera de acomodarse en la boca de aquel hombre. Sin embargo, éste sintió un temblor en la mano de la mujer, lo que provocó dudas en su interior. La mujer entregada a Dios estaba en un conflicto interno, entre seguir su voto sagrado y el romperlo por él; entre entregarse al pecado y aferrarse a la virtud. La razón de su temblor, se debía a un miedo por sentirse espiritualmente débil, porque era incapaz de negarse a recibir el beso, algo de lo que el hombre se dio cuenta. Fue ahí que el visitante tomó la decisión de soltar su mano y alejarse de su cara.

—Lo siento...

Dio la media vuelta y se alejó con rapidez, dispuesto a abandonar la iglesia con total vergüenza. En tanto, la monja inhaló y exhaló por la boca, para luego tomar un relicario de madera en su cuello bajo su traje, con un tallado de la cruz, el cual llevó cerca de sus labios y murmuró unas oraciones. Su cuerpo estaba tenso al saber que estuvo a punto de romper su voto celestial y caer en el pecado.

Mientras llegaba a la salida, la tristeza invadió al hombre, desilusionado por sentir un amor tan injusto, uno que jamás se concretaría, porque no era un abusivo que obligaba a la gente a cumplir sus deseos a la fuerza, esa no era su forma de ser.

—¡Espera! —le gritó la monja a su espalda.

El hombre se detuvo frente a la puerta y giró su cabeza, tratando de no mirarla a los ojos. Esta se le acercó.

»Por favor, seamos amigos. Quiero verte más seguido.

En ello, le llevó su mano derecha en frente. El escuchar la palabra «amigos» fue una bala que atravesó su pecho con mucho dolor. Aunque sentía que su ira lo dominaría, fue capaz de mantener la calma y miró directamente a los ojos de la monja.

—Amigos... ¿eh?

La monja lo miró, dudosa.

»Que así sea... —dijo el hombre—. Amigos.

Llevó su mano y la juntó a la de la beata, en un estrecho apretón de confianza.

—Gracias... y por favor, no dejes de visitarme.

## **C**

La monja abrió la caja y sacó un ramo de rosas. Se sintió alegre, aunque un poco mal al no poder entregar lo que el admirador secreto esperaba recibir. Sin resistirse, el hombre salió de su escondite y se mostró frente a la devota.

—Son para ti.

—Gracias —dijo la monja—. Pero no deberías gastar tanto para darme regalos. ¿Qué quedará para ti?

—Puedo vivir con poco. Al menos, es mejor que gastarlo en mis «cosas»... sabes de lo que hablo, ¿cierto?

La monja sonrió y le dijo:

—Entra, quiero saber si estás siguiendo el buen camino, como te pedí.

—No quiero decirte. No te va a gustar mi respuesta.

—Mmm, si no sigues mi consejo, te meterás en problemas de nuevo.

—Sí, lo sé, lo sé...

La mujer buscó una jarra transparente con agua para posar las flores. Al dejarlas en una mesa de centro, el hombre mostró una tenue sonrisa a saber que le gustó su regalo. Si bien, sabía que lo que hacía era en vano, no deseaba perderla. A lo menos, trataría de conservar esa amistad tan noble, ese sería su propósito, la razón para ser un hombre diferente del patético ser que fue en el pasado, y sentía que así lo haría por el resto de su vida.